

# El quemadero de los herejes

Sevilla, 24 de septiembre de 1559

EVA DÍAZ PÉREZ

ESCRITORA Y PERIODISTA

Sevilla acogió a mediados del siglo XVI varios autos de fe en los que fue aniquilado el brote protestante que había prendido en el Monasterio de San Isidoro del Campo y en una clandestina iglesia reformada. Los monjes jerónimos practicaban en secreto la Reforma protestante pero fueron descubiertos por la Inquisición. Entre los que lograron huir está Casiodoro de Reina, primer traductor de la Biblia al castellano, la famosa Biblia del Oso. El resto murió en las hogueras del Santo Oficio. Cuando se cumple el 500 aniversario del momento en el que Lutero clavó sus famosas tesis en Wittenberg, con las que se dio inicio a la Reforma, 'Andalucía en la Historia' publica un artículo que rememora el episodio más dramático vivido por los erasmistas en Andalucía.

El zoom enfoca un lugar siniestro. Vemos maderas impregnadas de cenizas, ramas de árboles amontonadas, una trenza de pelo negro, un trozo de tela quemada, cuerdas deshilachadas y renegridas, lo que fue un chapín de dama, un cuero viejo reseco, una moneda retorcida por el fuego. El fondo del paisaje nos desvela un prado, un cementerio, una ermita. Y a lo lejos la ciudad. Es Sevilla y en la Giralda aún no está concluido el campanario de Hernán Ruiz, así que debemos de estar en la primera mitad del siglo XVI.

Si el zoom pudiera mostrarnos aromas además de imágenes advertiríamos un hedor terrible. Es el inconfundible olor de la carne humana quemada. Aún humean los postes en los que fueron atadas las víctimas. Y se diría que en el suelo de tablas estuviera dibujada con ceniza la silueta desmayada de los muertos. Estamos en el quemadero de Sevilla, ese que se alzó en el Prado de San Sebastián, en una zona en la que con los siglos se edificarán el Teatro Lope de Vega, la estatua del Cid y el Consulado de Portugal para la Exposición Iberoamericana de 1929. El mismo solar de ese quemadero acogió durante muchos años la Feria de Abril. Vino, danza y música sobre la memoria de los muertos.

Pero aún estamos en 1559. Y acaban de morir quemados decenas de herejes protestantes. ¿Quiénes son? Deberíamos buscar en los archivos del Santo Oficio o ir con nuestra cámara histórica para grabar la desasosegante imagen de los sambenitos que colgaban en la Catedral. Allí, suspendidos en barras, acumulan polvo y silencio como espectros de ahorcados. Los sambenitos de estos herejes se mostraron para vergüenza de su memoria durante muchas décadas. Luego se perdieron en algún agujero del olvido. Pertenecían a personajes como el erudito doctor Egidio, el canónigo magistral de la catedral Constantino Ponce de la Fuente, el prior del monasterio de San Isidoro del Campo Garci Arias, el noble Juan Ponce de León, la joven dama María de Bohórquez o el arriero Julianillo Hernández que llevaba en sus odres de vino los libros prohibidos.

El zoom histórico también cuenta con varios modos de narrar el pasado. Uno es dándole al botón de marcha atrás. Por eso, ahora podríamos viajar al pasado del pasado. En la escena que retrocede los herejes aún están vivos, no han subido al quemadero. De hecho, vemos cómo camina hacia atrás el cortejo de los reos con sus corozas, capotillos y sambenitos en los que aparecen dibujadas las penas a las que están destinados. Casi todos llevan la imagen de unas llamas. Su condena es la hoguera por haber caído en el error de la doctrina de Lutero. El rebobinado nos permite ver detalles de la comitiva como el gran estandarte de la Inquisición, la cruz verde tapada con un velo negro simbolizando el luto de la Iglesia por la pérdida de cristianos, o las andas sobre las que van cargados los arcones con las sentencias. Y detrás los señores inquisidores, los alguaciles, jueces y secretarios a caballo con gualdrapas de terciopelos negros.

**UN GRAN ESPECTÁCULO.** Contemplamos a mucho público en el recorrido, pues es sabido que se obtienen indulgencias. Pero sobre todo acuden porque es un gran espectáculo. Las fachadas y los balcones están engalanados con telas de damascos y terciopelos. Por la alegría que demuestra la gente parece que la ciudad celebrara la fiesta del Corpus o la de la llegada de la Flota de Indias con sus riquezas.

Huele a perriles asados y a empanadas de puerco adobado que se venden en tajadas a los espectadores de este teatro de la crueldad. En la zona del río, en los bajos del puente de barcas, hay mozas aliñando albures y sábalos. Sí, sin duda es un día de fiesta.

En esta panorámica con marcha atrás suena también una extraña música de atabales y chirimías, pero con las notas vueltas del revés. Parece que fuera la melodía que debe de sonar en los infiernos. Aunque es probable que sólo sea producto de nuestra distorsionada percepción de la música del auto de fe. Escuchamos al revés, conmocionados por los ecos del tiempo y las notas que quizás se perdieron en la esquina de los siglos.



San Isidoro del Campo.



Auto de fe y suplicio de Diego duro. Fresco de Lucas Valdés pintado hacia 1705. Parroquia de la Magdalena de Sevilla.

Seguimos observando con curiosidad. Los reos y autoridades han caminado hacia atrás desde el quemadero del Prado a la Plaza de San Francisco donde se celebra el auto de fe, y luego atraviesan el puente de barcas sobre el Guadalquivir y llegan a la orilla del arrabal de Triana donde se levanta el siniestro castillo de San Jorge, sede de la Inquisición. Descansemos un poco después de emociones casi imposibles de asimilar por ojos contemporáneos. Pulsemos la pausa de este *travelling* por el pasado para contemplar con detenimiento este edificio de negrísima memoria. Espanta la visión

de estas diez torres de piedra oscura donde flota un silencio estremecedor. El sonido de la ciudad llega como un murmullo sordo y lejano. Parece que aquí el ruido de la vida tuviera miedo y se quedara parado y aterido.

En la parte baja de la torre que llaman de San Jerónimo está la cámara de los tormentos y muy cerca, bajando por unas angostas escaleras, se llega a la Sala del Secreto, donde se toman las decisiones sobre la suerte de los reos. Allí se guarda la historia de nombres olvidados, de herejes de memoria maldita. Da vértigo pensar en los

legajos donde está escrito el final de tantas vidas truncadas. Y rodeando los patios están las celdas bajas que con las riadas del Guadalquivir quedan inundadas. Allí estuvieron presos los herejes que hemos visto arder en el quemadero. ¿Qué hicieron para merecer este fin?

El zoom histórico da un salto hacia atrás y enfoca ahora la sala capitular del monasterio de San Isidoro del Campo a dos leguas de Sevilla, junto a las ruinas romanas de Itálica. Es un cenobio de la orden jerónima pero aquí no se reza a las imágenes, ni se veneran reliquias sagradas, ni se hacen



## El oso y la Biblia

■ En el letrero aparece un oso que juega con un panal de abejas. Es el símbolo de la casa del impresor que publicará la Biblia del Oso en Basilea en 1569. Este libro, la Biblia que siguen utilizando hoy los protestantes castellanos, tiene detrás una trágica historia, pero también es el producto de una aventura intelectual que tuvo lugar en la Andalucía del Renacimiento. Casiodoro de Reina, el autor de esta traducción, lle-

nó de erudición humanista y música literaria este libro sagrado. En esta obra trascendental, se alejó de la ortodoxia católica que exigía utilizar la Vulgata de San Jerónimo como referencia y tradujo directamente basándose en los textos originales en griego y hebreo siguiendo así la mejor tradición humanista. En el auto de fe que tuvo lugar en Sevilla en 1562 la estatua de Casiodoro de Reina fue quemada en efigie.





Martín Lutero (1483-1546).



Casiodoro de Reina (1520-1594).

ayunos. Los monjes leen a Erasmo, Lutero, Zwinglio, Calvino, las obras prohibidas que trae de la Europa reformada el arriero Julianillo Hernández. Los libros llegan ocultos en el doble fondo de odres llenos de vino de Borgoña. Jamás se vio en toda la cristianidad un monasterio que guardara dentro de sus muros semejante secreto.

El monje que lee un ejemplar del *Elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam es Casiodoro de Reina. Él aún no lo sabe, porque sucederá muchos años después y lejos de España, pero será el primer traductor de la Biblia al castellano, la famosa *Biblia del Oso*. Una obra maldita y prohibida porque la Iglesia condena la traducción de los libros sagrados a las lenguas vulgares. Si todo el mundo pudiera leer la palabra sagrada, no se necesitarían intermediarios y cada cual tendría su opinión. Y eso es peligroso...

A su derecha, aparece el monje Cipriano de Valera, que será quien revise la *Biblia del Oso* ajustándola al canon calvinista. Y a su izquierda, Antonio del Corro. Aquí podríamos utilizar la herramienta de avance de nuestro Google Time para saber qué fue de este personaje, indagar en las narrativas del futuro. Damos un gran salto para aparecer en el Londres de 1591. Del Corro es ya un hombre anciano. De hecho apenas le quedan unas semanas de vida. Y ahora, al final de una biografía llena de peligros, meditaciones y sobresaltos, se pregunta si mereció la pena tanto riesgo, tanto do-

lor, tantas cosas perdidas. Él como nadie representa al humanista cristiano, al erudito empeñado en conocer sin fronteras, en leer contracorriente, en repensar el mundo conocido. En realidad, es un hijo lógico de esa Sevilla renacentista en la que también se repensó el conocimiento que se había mantenido estático e inmovilista desde los tiempos medievales. Esa Sevilla a cuyo puerto llegaban cosas nuevas: hombres de tierras extrañas, frutos rarísimos, animales jamás vistos, plantas desconocidas. Ese relato de travesías ultramarinas que provoca que salten por los aires todas las certezas.

Sin embargo, este Antonio del Corro que escucha atentamente la lectura que de Erasmo de Rotterdam hace su compañero de hábitos Casiodoro de Reina, será un hombre desengañado. Porque cuando logre huir de la España que persigue a los que no cumplen con la doctrina católica, se encontrará con otra nueva intolerancia en la Europa reformada. Antonio del Corro llegó a ser ministro calvinista, pero luego la represión de Calvino contra los disidentes Servet, Casteillón o Bolsec le harán replantearse sus creencias. Así viajará a Inglaterra para convertirse al anglicanismo. Tampoco quedará convencido, porque es un hombre que piensa por sí mismo y las doctrinas religiosas constriñen su libertad y sus ansias de conocimientos. Pobres aquellos que amaron

el humanismo en los tiempos de la intolerancia, porque este siglo huele a libros nuevos, a gabinetes de curiosidades, pero también a cosas quemadas, desaparecidas y olvidadas.

Este Antonio del Corro anciano y lúcido recuerda los hermosos días en los que fueron libres en el monasterio de San Isidoro, entendiéndolo la Reforma en libertad. Y piensa que siendo un hereje perseguido tuvo suerte de no morir en la hoguera. En ninguna de las hogueras. Ni en las de la Inquisición española ni en las de Calvino.

Otros no tuvieron tanta fortuna. Por ejemplo, la mayoría de los que contemplamos en esta sala capitular del monasterio de San Isidoro del Campo. Ahí está el prior Garci Arias. Es un hombre de piel y cabello blanquísimo. Por eso le llaman el doctor Blanco. Él será el primero en arder en la pira del Santo Oficio como responsable de la herejía mantenida en un cenobio católico. Es un hombre lleno de dudas y de miedos, porque sabe que les va la vida en su arriesgada empresa. Si los descubren terminarán en el quemadero del Prado de San Sebastián, pero por el momento están tranquilos, refugiados entre los muros del monasterio. Dejémosles que desconozcan lo que ocurrirá.

El zoom histórico descubre ahora otro paisaje. Estamos en el interior de una casa principal. Hay un grupo de personas reu-



Erasmus de Rotterdam (1466-1536).

nidas que repasan con curiosidad varios volúmenes que dejan en el aire un vago olor a vino de Borgoña. Son libros que también llegaron ocultos en los odres del arriero Julianillo Hernández. La casa pertenece a una dama viuda, doña Isabel de Baena. Ella disimula como tertulia lo que en realidad es una iglesia secreta en la que, como los monjes de San Isidoro, también se leen libros prohibidos y se practica en secreto la Reforma protestante.

Si las autoridades supieran quiénes son los personajes que aquí se reúnen, no lo creerían: aristócratas, burgueses principales, religiosos y eruditos. Junto a la gran chimenea está el noble don Juan Ponce de León y, a su lado, el canónigo magistral de la Catedral Constantino Ponce de la Fuente. En el otro extremo de la sala, saboreando un delicioso pan de higo que doña Isabel de Baena ofrece en una bandeja de plata, está el médico Cristóbal de Losada, que ejerce como pastor de la iglesia reformada de Sevilla. Y junto a él, la joven María de Bohórquez, hija natural de don Pedro García de Jerez y Bohórquez, grande de España. Una dama versada en diversas erudiciones y que domina el latín, el griego y las Sagradas Escrituras.

Todos ellos morirán en la hoguera. Sólo Constantino Ponce de la Fuente, quien fuera confesor de Carlos V durante la juventud del monarca, se anticipará a las llamas, porque morirá de disentería en

ria de todos estos herejes. Como si nunca hubieran existido...

En un rincón de este salón en el que se come pan de higo y se leen libros prohibidos que huelen a vino, hay un personaje en silencio. Se llama Francisco de Zafra y es doctor en leyes y beneficiario de la parroquia de San Vicente. Pero hay algo más. Es ni más ni menos que un calificador de proposiciones heréticas del Santo Oficio. Un cargo que ejerce al mismo tiempo que se entrega a las nuevas doctrinas reformadas. Sabe que camina por una peligrosa frontera. Hace unos meses ha protagonizado un hecho sorprendente cuando una mujer denunció la existencia de la comunidad secreta. Fue interrogado y respondió con tanto temple que logró acabar con las sospechas. Hizo creer que era del todo imposible que en una ciudad como Sevilla, capital del espíritu de la Contrarreforma, creciera la simiente maldita de los herejes protestantes. Y por eso han vivido tranquilos durante este tiempo. Sin embargo, apenas les quedan unos meses de libertad, de amables reuniones en casa de doña Isabel de Baena, de lecturas de libros prohibidos. Pronto serán carne de quemadero. Morirán en distintos autos de fe celebrados entre 1559 y 1562.

De todos los que ahora charlan animadamente sólo Zafra salvará la vida. Él será uno de los apresados por el Santo Oficio y permanecerá encerrado en el castillo de

San Jorge. Pero increíblemente logrará escapar y llegará sano y salvo a Alemania. Luego su memoria se pierde. Algunos dirán que él podría ser el autor del famoso libro *Artes de la Inquisición española descubiertas y puestas a la luz oculta* tras el seudónimo de Reginaldo González Montano. No sabemos si esto es cierto. Quizás los autores también podrían ser Antonio del Corro o Casiodoro de Reina. Quién lo sabe, ni siquiera la modernísima tecnología de nuestro zoom histórico nos permite saber la verdad. En esta obra se detalla la historia de la iglesia clandestina de Sevilla y los tormentos que sus miembros sufrieron en el castillo de San Jorge, por lo que sólo alguien que lo viviera en sus carnes y luego lograra escapar podría contarlos. Así que podríamos darle el beneficio de la duda en esta ficción verosímil.

Ahora nuestro zoom va hacia atrás, dejando la sala donde tiene lugar la ceremonia secreta de los libros. Vemos la casa de doña Isabel de Baena cada vez más pequeña mientras apreciamos el paisaje de espadañas y campanarios de la ciudad que a esa hora suenan a toque de queda. Pasa la ronda por las puertas de la muralla, el Guadalquivir está tranquilo y apenas se oye el viento que roza los mástiles de las galeras que en breve zarparán al Nuevo Mundo. Las sombras caen con lentitud sobre el castillo de San Jorge y a lo lejos, en el quemadero, la brisa ha levantado las cenizas que se acumularon en las maderas del último auto de fe. Falta poco para que ardan los nuevos herejes. ■

## Más información

- **Abellán, José Luis**  
*El erasmismo en España.*  
Espasa, Madrid, 2005.
- **Fernández Campos, Gabino**  
*Reforma y Contrarreforma en Andalucía.*  
Biblioteca de Cultura Andaluza.  
Sevilla, 1986.
- **Wagner, Klaus**  
*El doctor Constantino Ponce de la Fuente.*  
Diputación de Sevilla, 1979.